

minarios normalmente esquivan el tema (p. 145). «Sin embargo, hay que constatar que ángeles y demonios, sobre todo el demonio, han tenido y tienen una presencia fuerte y cualificada en la sociedad actual» (p. 145).

Recorre las *Angelologías y demonologías extrabíblicas* (XI), incluyendo las del judaísmo, para comparar. Y repasa la Escritura sagrada (XII), del Antiguo Testamento (quizá demasiado detallada en lo curioso) y del Nuevo. Une los testimonios de la tradición (XIII); trata con más amplitud el Magisterio de la Iglesia (XIV); y, tras una breve mención litúrgica (que podría ser más importante: cfr. Erik Peterson, *El libro de los ángeles*), desarrolla una amplia *Reflexión sistemática* (XVI), estableciendo el sentido de las afirmaciones sobre los ángeles. Se repasan las dificultades culturales, al tiempo que se afirma la seguridad con que la fe cristiana sostiene este tema, dentro de un adecuado orden, que tiene por centro la figura de Jesucristo.

Lo más notable de este libro es el conjunto de sus pequeñas síntesis. Se ha hecho un esfuerzo importante por condensar la materia y se advierte. En general, están bien logradas la presentación de las cuestiones y los resúmenes históricos, que resultarán muy útiles para los alumnos. He expresado algunos puntos de desacuerdo sobre la problemática del alma, aunque más bien desde este punto de vista didáctico. Desde luego el tema merece una reflexión serena y lenta, y lo que dice Martínez Sierra merece ser considerado. En la bibliografía, echo en falta: J. Morales, *El misterio de la creación*.

Juan Luis LORDA

Thomas J. MCGOVERN, *Priestly Identity. A Study in the Theology of Priesthood*, Four Courts Press, Dublin 2001, 320 pp., 16 x 23, ISBN 1-85182-655-6.

Father McGovern, del clero de la Prelatura del Opus Dei, capellán de Glenard, residencia universitaria en la capital de la Patria Irlandesa, era ya conocido por otro libro aparecido en Dublin-Chicago 1998 y titulado *Priestly Celibacy Today*, que mereció elogiosas recensiones en diversos medios. También este trabajo que ahora se reseña las merece.

La identidad sacerdotal ha sido un debate doloroso durante los años setenta; mitigado —más por el cansancio que por la claridad de ideas— durante los años ochenta; superado en fin tras la *Pastores dabo vobis* que, al reconocer y explicar verdades tan fundamentales como el efecto cristiforme del sacramento del orden y la inseparable consecuencia de la esponsalidad —juntamente con Cristo— del presbítero ante la Iglesia, ha significado una respuesta eficaz. Li-

bros como el de Max Thurian, sobre la Identidad Sacerdotal o el de Greshake, Ser sacerdote, leídos con satisfacción por el clero en España —y no sólo en España, claro está— significan algo así como repetidos arco-iris tras la tormenta. Lo cual no quiere decir que el debate haya quedado atrás como un logro matemático, disipado por un grito —*eureka*— definitivo para la historia: pueden las cosas estar definidas en la mente y mal traducidas en la norma de conducta o en el simple comportamiento. Y la vida mal vivida enturbia la mente. De ese riesgo ninguna generación está definitivamente libre.

McGovern ha organizado sus páginas según estos tres temas: Teología (pp. 28-120), Espiritualidad (pp. 123-190), Pastoral (pp. 193-299). Y es un acierto. La clave de la identidad sacerdotal es teológica. La espiritualidad sacerdotal y la realización de la vida del presbítero al servicio del proyecto pastoral de esta o aquella iglesia particular es un gran tema, pero secundario con respecto al gran núcleo cristológico y por lo tanto eclesiológico.

Las páginas de este libro son eco muy fiel de la *doctrina recepta* sobre la identidad sacerdotal. En tal sentido se debe afirmar que el lector encontrará aquí alimento sólido para el espíritu. La composición y estilo de la obra participan de la naturaleza de un discurso de consolación que confirmará a los grandes persuadidos: los confirmará en la grandeza de su vocación, consagración y misión; en el atractivo de una existencia sacerdotal integrada y coherente; en el santo orgullo de ser colaboradores de los obispos y —sub-ordenados a ellos— participantes del ministerio de la sucesión apostólica. La dimensión espiritual y pastoral de la vida del sacerdote se ajustan a su identidad teológica como el guante a la mano, en la acertada presentación de McGovern.

Por lo demás, el método seguido en estas páginas tiene algo de afán incontestable, propio —por decirlo así— del que se cura en salud. No hay afirmación que no vaya avalada por la autoridad pontificia en uno u otro de sus documentos. El que lea tendrá una fuerte impresión de solidez. La agrupación de los textos es exuberante: equivale a un rico florilegio de citas unidas entre sí mediante ilaciones lógicas y oportunas. Este método «blindado» puede tener, sin embargo, un inconveniente: el desequilibrio entre el repujado de textos magisteriales y la escasez de exégesis que introduzca al lector o lo acerque en conversación amigable a la aceptación de esos textos. La riqueza de las tesis —de tantas pequeñas, pero importantes tesis— reclamaría una dosis de eutrapelia que evite la contundencia que estas páginas transmiten: la contundencia convence, pero no siempre persuade.

Por ejemplo: el tratamiento de la obediencia como virtud sacerdotal es un logro. Comienza con la tesis fundamental tomada del Evangelio y de Ro-

manos y Filipenses. La obediencia de Jesús es lo primero. El punto de partida. Viene a continuación una cita de *Praesbyterorum ordinis*: entre las actitudes necesarias a los sacerdotes está, una disposición de la mente que los hace propensos a buscar por encima de todo el cumplimiento del mandato de Aquel que los envía, dejando a un lado el imperio de la propia voluntad. McGovern entiende muy bien esa obediencia que no tiene nada de degradante ni aplasta las personalidades. Pero tampoco es una «virtud pasiva», como tantas veces ha sido presentada. «La obediencia puede ser en ocasiones una virtud difícil cuando aparece el contraste de opiniones, pero el sacerdote imbuido por una actitud de fe ha de intentar ver la voluntad de Dios en las decisiones del obispo. No se trata de una obediencia ciega, sino una actitud que, en virtud de la confianza y de la amistad entre sacerdote y obispo, estimula al sacerdote a abrir su corazón, a comunicar sus dificultades, dudas y preocupaciones. Pero sobre todo, como línea de principio, será siempre necesario estar preparado para aceptar y seguir las indicaciones del obispo. En tal contexto sería preciso tener bien claro sin olvidarlo jamás que el mérito de la Redención deriva en primer lugar de la obediencia de Cristo a la voluntad de su Padre». Sigue la cita del cardenal Ratzinger, que así preparada, resulta esplendorosa: «La común vinculación de la obediencia es también garantía de la común libertad: porque ofrece protección contra arbitrariedades y garantiza el carácter auténticamente cristológico de la obediencia eclesial. La obediencia eclesial no es, por tanto, positivista. No se desarrolla meramente sobre la pauta del cumplimiento de lo que la autoridad formal solicita, sino que más bien hunde sus raíces en cada persona que obedece, personificando y encarnando el misterio de Cristo obediente. Y, por supuesto, el significado de tal obediencia no deriva de la virtud o de la santidad del titular del oficio, sino que se inscribe en la objetividad de la fe, don que viene de Nuestro Señor y que trasciende toda subjetividad. En tal sentido, la obediencia al propio obispo trasciende siempre los confines de la Iglesia local: porque es obediencia católica. El obispo es obedecido porque representa la Iglesia universal en este específico lugar» (p. 187).

He dicho que es un logro —y son muchos los que hay en el libro—; pero yo invitaría a McGovern —puesto que en el libro no lo hace o yo no lo he sabido ver— a ampliar su discurso hacia un horizonte con el que se encontrarán por ley de vida muchos sacerdotes. Me refiero a un panorama de dificultades del cual raramente se libran los presbíteros lanzados tras su ordenación a la intemperie del mundo. No se puede dar por hecho que todos los caminantes de la *via sacerdotalis* son igualmente serenos, prudentes, entregados. Ni siquiera igualmente persuadidos de los contenidos vocacionales que transforman la existencia en una ilusionada juventud. La tentación, entonces, puede venir de cerca. Puede llegar de cualquiera, porque no está garantizada la santidad perso-

nal de nadie, por alta que sea su posición en la estructura eclesial. Y el sacerdote deberá tener conciencia de su irrenunciable responsabilidad sobre su vida íntima para reaccionar con firmeza —desde lo más hondo de su existir— dando un sí a Cristo que llama. Pienso por eso que el planteamiento de la *Priestly Identity* mejoraría si ampliase el tratamiento acogiendo en su óptica ese espinoso temario que también espera un discurso de consolación. Temas como la amistad sacerdotal, la fraternidad vivida de verdad en el presbiterio presidido por el obispo —sin obviar la posibilidad de negaciones y serias dificultades—, la soledad, la calumnia, el sacerdote pecador, la injusticia infligida —casos reales, por supuesto—, merecerían un lugar en estas páginas, por lo demás muy bien elaboradas.

El libro concluye con un epílogo y una lista bibliográfica extensa y actual. Quien tome entre sus manos estas páginas no perderá el tiempo y hallará en ellas textos para la oración personal y también claridades de estudio que le ayudarán en la brega diaria. Mi sincera felicitación a Fr. McGovern por este trabajo importante.

Enrique DE LA LAMA

Ramón TREVIJANO ETCHEVERRÍA, *La Biblia en el cristianismo antiguo. Pre-nice-nos. Gnósticos. Apócrifos*, Verbo Divino («Introducción al Estudio de la Biblia», 10), Estella (Navarra) 2001, 488 pp., 16 x 23, ISBN 84-7151-91-9.

La colección de manuales *Introducción al estudio de la Biblia*, promovida por la Asociación Bíblica Española culmina —aunque todavía falte por publicar el tomo 3a, dedicado al Pentateuco— con este volumen de Ramón Trevijano sobre la primera exégesis cristiana. El libro tiene, además, otro contexto en la producción de su autor, ya que está en el centro de un tríptico que conforma con dos manuales que publicó antes: *Orígenes del cristianismo. El trasfondo judío del cristianismo primitivo* (Salamanca 1995) y *Patrología* (Madrid 1994). De esta forma, Trevijano proporciona al lector interesado una exposición homogénea del contexto en el que nació el cristianismo y de sus primeros desarrollos.

El volumen está dividido en tres partes: la exégesis patrística hasta el Concilio de Nicea, el gnosticismo cristiano y la literatura apócrifa. La primera trata de dos temas estrechamente trabados: la exégesis de los Padres y la determinación del canon. El vínculo es lógico, pues la recepción cristiana del Antiguo Testamento está muy determinada por la exégesis que se hace de esos libros. El autor examina los procedimientos exegéticos del judaísmo —el *derash*,